

CARTA ENCÍCLICA

IAM VOS OMNES

DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

PÍO

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA IX

(13 de septiembre de 1868)

Para todos los protestantes y otros no católicos, al convocar al Concilio Vaticano, para que vuelvan a la Iglesia Católica

Todos ustedes sin duda serán conscientes de que Nos, elevados, sin ningún mérito, a esta Cátedra de Pedro y por lo tanto colocados a la cabeza del gobierno supremo y el cuidado de toda la Iglesia Católica por el Señor Nuestro Señor Jesucristo, consideramos que era oportuno convocar con nosotros a los Venerables Hermanos Obispos de todo el mundo y reunirlos, en el próximo año, en un Concilio Ecuménico, para preparar, con los mismos Venerables Hermanos llamados a compartir nuestra pastoral, aquellas medidas que serán más adecuadas y más incisivas tanto para disipar la oscuridad de tantos errores pestilentes que en todas partes, con el mayor daño de las almas, se afirman cada día más y más y triunfan, tanto para dar más consistencia y difundir en los pueblos cristianos confiados a Nuestra vigilancia, el reino de la verdadera fe, la justicia y de la auténtica paz de Dios.

Poniendo toda la confianza en el pacto de unión muy cercano y amable que de una manera maravillosa nos une a nosotros y a esta sede a los mismos Venerables Hermanos, como lo atestiguan las pruebas inequívocas de fidelidad, amor y respeto hacia Nos y a Nuestra Sede, que nunca descuidó para ofrecer a través de Nuestro Supremo Pontificado, alimentamos la esperanza de que, como sucedió en los siglos pasados para los demás Concilios Generales, así, en el presente siglo, el Concilio Ecuménico convocado por nosotros pueda producir, con el favor de la gracia divina, frutos copiosos y alegres para la mayor gloria de Dios y para la salvación eterna de los hombres.

Por lo tanto, sostenido por esta esperanza, impulsado y empujado por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, que ofreció su vida por la salvación de toda la humanidad, no podemos dejar escapar la oportunidad del futuro Consejo sin convertir siquiera nuestras palabras paternales y apostólicas a todos aquellos que, aunque reconocen a Jesucristo como su Redentor y se enorgullecen del nombre de los cristianos, no profesan la fe verdadera de Cristo y no siguen la comunión de la Iglesia Católica. Al hacerlo, proponemos con celo y caridad exhortarlos y orar para que consideren seriamente y reflexionen si el camino que siguen es el indicado por Cristo el Señor: lo que conduce a la vida eterna.

Nadie dudará y negará que el mismo Jesucristo, para aplicar los frutos de su redención a todas las generaciones humanas, ha edificado aquí en la tierra, sobre Pedro, la única Iglesia, que es una, santa, católica. y apostólica y que a ella ha conferido el poder necesario para preservar el depósito de la fe intacta e inviolable; pasar la misma fe a todos los pueblos y a todas las naciones; trasladar a la unidad en su cuerpo místico, a través del bautismo, a todos los hombres con el propósito de preservarlos y perfeccionar esa nueva vida de gracia sin la cual nadie puede merecer y alcanzar la vida eterna; porque la Iglesia misma, que constituye su cuerpo místico, podría persistir y prosperar en su propia naturaleza estable e infalible hasta el final de los siglos, y ofrecer a todos sus hijos los instrumentos de salvación.

Quien luego fija su atención y reflexiona sobre la situación de las diversas sociedades religiosas, en discordia entre ellas y separadas de la Iglesia Católica, que, sin interrupción, desde los tiempos de Cristo el Señor y sus Apóstoles, a través de sus legítimos pastores siempre ha ejercido, y aún ejerce, el poder divino que le ha conferido el Señor mismo, debe convencerse fácilmente de que en ninguna de esas sociedades, o incluso en su totalidad, se puede reconocer de ninguna manera a esa Iglesia única y católica que Cristo el Señor él construyó, él estableció y él quiso que existiera. Tampoco se puede decir que son miembros y parte de esa Iglesia hasta que permanezcan visiblemente separados de la unidad católica. Se sigue que tales sociedades, carentes de esa autoridad viviente establecida por Dios, que enseña a los hombres en las cosas de la fe y en la disciplina de las costumbres, los dirige y gobierna en todo lo concerniente a la salvación eterna, continuamente cambia en sus doctrinas sin esa movilidad e inestabilidad encuentran un final. Por lo tanto, todos pueden comprender fácilmente y comprender plenamente que esto está absolutamente en desacuerdo con la Iglesia instituida por Cristo el Señor, en la cual la verdad siempre debe permanecer estable y nunca sujeta a ningún cambio, como un depósito que se le confía para mantenerse perfectamente intacto: a este propósito recibió la promesa de la presencia y la ayuda del Espíritu Santo a perpetuidad. Nadie ignora el hecho de que, de estas divisiones en doctrinas y opiniones derivan divisiones sociales, que originan innumerables comuniones y sectas que se extienden cada vez más y causan graves daños a la sociedad civil y cristiana.

Por lo tanto, aquellos que reconocen la religión como el fundamento de la sociedad humana, deben reconocer, como una gran violencia, que se ha ejercido sobre la sociedad civil, la discrepancia de los principios y la división de las sociedades religiosas en lucha entre ellas, y con tal fuerza rechaza la autoridad deseada de Dios, para gobernar las convicciones del intelecto humano y para dirigir las acciones de los hombres, tanto en la vida privada como social, lo que ha despertado, promovido y nutrido los trastornos llorosos de las cosas y tiempos que agitan y afligen de manera inmisericorde a casi todo los pueblos

Es por esta razón que aquellos que no comparten "la comunión y la verdad de la Iglesia Católica " [St. Agustín, Epist . 61, 223] debe aprovechar la ocasión del Concilio, mediante el cual la Iglesia Católica, que acogió a sus Ancestros en su seno, propone una demostración más de unidad profunda y fuerza vital inquebrantable; prestando atención a las necesidades de sus corazones, deben trabajar para salir de un estado que no les garantiza la seguridad de la salvación. Ellos nunca cesan de elevar al Señor misericordiosas oraciones fervientes para que rompan el muro de división, disipen el halo de errores y los

devuelvan al seno de la santa Madre Iglesia, donde sus antepasados encontraron sanos pastos de vida; donde, de manera exclusiva, la doctrina de Jesucristo se preserva y se transmite intacta y se dispensan los misterios de la gracia celestial.

Por lo tanto, en virtud de nuestro obediente ministerio apostólico supremo, confiado a Nos por Cristo el Señor, que, teniendo que cumplir con gran compromiso todas las tareas del buen pastor y seguir y abrazar con amor paternal a todos los hombres del mundo, enviamos esta Nuestra Carta a todos los cristianos separados de Nosotros, a quienes exhortamos calurosamente y les imploramos que insistan en regresar apresuradamente al redil único de Cristo; deseamos desde el fondo de nuestros corazones su salvación en Cristo Jesús, y tememos tener que rendir cuentas a él, Nuestro Juez, si, en la medida de nuestras posibilidades, no hubiésemos señalado y preparado el camino para alcanzar la salvación eterna. En toda nuestra oración y súplica, con acción de gracias, día y noche, nunca dejamos de pedir la humilde insistencia de la abundancia de los bienes celestiales y de las gracias para el eterno Pastor de las almas. Y porque, aunque indignamente, cumplimos con el cargo de su vicario en la tierra, esperamos sinceramente el regreso de los hijos descarriados a la Iglesia Católica con los brazos abiertos, para acogerlos con infinito afecto en la casa del Padre celestial y enriquecerlos con sus tesoros inagotables. Precisamente de este deseado regreso a la verdad y comunión con la Iglesia católica depende no solo de la salvación de cada uno de ellos, sino sobre todo de toda la sociedad cristiana: el mundo entero no puede disfrutar de la paz verdadera si no se hace un solo redil y un solo pastor.

Dado en Roma, en San Pedro, el 13 de septiembre de 1868, vigésimo tercer año de Nuestro Pontificado

Fuente: <https://vuelvecristo.blogspot.com/2019/04/magisterio-pontificio-sobre-la.html>